

adulto, no se podrán tomar por manifestaciones de la voluntad ó de la reflexion los primeros movimientos singulares del infante.

Mas entónces ¿qué clase de movimientos son éstos que no vuelven á presentarse en toda la vida posterior y que se observán solamente aún de un modo parecido en los animales despertados de repente de su letargo invernal ó á veces de su sueño ordinario ó al despertarse espontáneamente?

No existe ningun estímulo externo que impresione los nervios motores y las fibras contráctiles por excitacion directa ni excite los nervios sensitivos determinando los movimientos por accion refleja. El infante se mueve dormido como despierto, solo ménos frecuente y vivamente, de modo que no hay que pensar en movimientos imitativos, los cuales por lo demas no suelen observarse sino en la segunda mitad del primer año.

No encontrándose causas externas que motiven los extraños movimientos de los recién nacidos, puesto que tambien el *mamon* satisfecho, caliente, seco y cómodamente colocado, ejecuta desde los primeros días aquellos movimientos *sin ton ni son*, hay que buscarlas internas, sea heredadas sea adquiridas.

Los móviles adquiridos suponen una experiencia múltiple. El que se mueve con premeditacion, en otros términos, el que obra, no ha podido adquirir el motivo de sus acciones sino por muchas percepciones, por las observaciones sobre la conducta de otros. El recién nacido es absolutamente incapaz de semejantes actos porque le falta la experiencia indispensable; el infante no actúa, no hace más que moverse.

Pero aún hay otras acciones musculares adquiridas, sobre todo ciertos movimientos expresivos originados en parte por la imitacion, mas que en parte se repiten continuamente porque resultan útiles para los fines de la conservacion del individuo. Todos estos movimientos expresivos de uso general entre los pueblos incultos y entre las clases incultas de las naciones meridionales, suponen una nocion del propio estado que deben expresar para comunicarla á otros. Semejantes gesticulaciones alcanzan su mayor energía en la pasion.

Por lo dicho se comprende que el infante, careciendo de toda nocion de su propio estado y exento de pasiones, no puede hablar el lenguaje del apasionado. Por más que el extender el pequeño brazo se parezca á una orden categorica, ó el retirar la mano al efecto del miedo de una fuerza invisible que arroja al pequeñuelo, por más que uno esté tentado á tomar los ademanes inconscientes por síntomas de deseos de actividad ó por ganas de librarse de un estado desagradable, en ningun caso la apariencia corresponde á la verdad; pues acerca de todos esos estados y los medios de expresarlos, el infante no ha acumulado experiencia; no los conoce.

No pudiendo ser adquiridos, han de ser *heredados* los móviles inmediatos de los movimientos infantiles. No queremos decir que el infante se mueve de la manera como se mueve por haber hecho lo mismo sus padres y sus abuelos cuando estaban en la misma edad; esto no sería más que aplazar la resolucion de la dificultad; el infante se mueve de aquella manera singular porque sus órganos cerebrales nerviosos que presiden al movimiento, sus ganglios motores despues de desarrollarse, *descargan desordenadamente el excedente heredado de impulsos motores*. La máquina de vapor expele el exceso de vapor acumulado.

No encontrando motivo exterior de los primeros movimientos de los recién nacidos, los han declarado *instintivos*. Mas el instinto que se comprende solamente cuando se le considera como *memoria heredada*, tiene constantemente un objeto determinado, refiriéndose á alguna cosa que ha sido útil para el organismo desde hace muchas generaciones. Instintivamente efectúase, v. gr., el chupar del recién nacido, que no es un puro acto reflejo, porque en este caso el mamon satisfecho seguiría mamando. Pero los movimientos de las extremidades de los recién nacidos no van encaminados á ningun fin; no son reflejos ni instintivos, son *impulsivos*.

Tambien han sido llamados automáticos y espontáneos; mas estos términos se prestan á mala inteligencia. El nervio motor con las fibras musculares que anima obedece al más mínimo impulso central de la médula, tanto en el feto sin cerebro como en el feto perfectamente desarrollado. Lo importante es la integridad de la médula. «El hombre recién nacido es un sér medular,» ha dicho Virchow con mucho acierto. Fáltales todavía el poder refrenador del cerebro, ni hanse desarrollado aún los nervios refrenadores, de donde resulta la *hiperkinesia*, la propension á convulsiones, la viveza de la niñez que no conoce la moderacion. Cuanto más se desarrolla el entendimiento y el cerebro, tanto más redúcense los movimientos superfluos. Pero aún en la vida adulta son pocos los individuos que saben limitar á las más precisas las contracciones musculares.

En estado de salud cabal es un signo de educacion perfecta y distinguida el de no hacer en ningun caso un movimiento superfluo. Este raro grado de dominacion de sí mismo y de fuerza de voluntad forma el mayor contraste con la irrefrenable movilidad del niño, y es prueba del influjo poderoso que ejercen en el desarrollo de la voluntad el ejemplo, el precepto riguroso, en fin, las impresiones externas en general; en el desarrollo, decimos, no en la formacion de la voluntad, es errónea la opinion segun la cual la voluntad *nace* de las impresiones de la primera juventud.

Como no es posible componer artificialmente una planta con los elementos del aire y del suelo de los que ella misma se construye, sino que es preciso de-

jarla desarrollarse del germen, siquiera sea la simiente más diminuta, asimismo no se conseguiría jamás producir una voluntad en el niño por experiencia externa; hay que dejar desarrollarse el germen congénito ó innato de la voluntad.

Al principio el infante es dominado exclusivamente por sus impulsos, sus necesidades físicas, especialmente el hambre, y obedece al instinto de satisfacerla siempre y doquiera pueda, sin la menor consideración, sin reflexión ni voluntad. El solo contacto de los labios con el dedo basta para provocar la succión, y este movimiento instintivo va seguido constantemente del acto reflejo de la deglución.

Hasta aquí no hay nada de voluntad. Tocando los labios de un infante que ha satisfecho su hambre, no se provocan movimientos de succión, pero tampoco hay manifestación de voluntad en esto; no es un no querer, sino tan solo una señal de estar satisfecho el impulso instintivo. Cuando un pájaro ha construido su nido no construye otro al lado, porque su instinto queda satisfecho por la construcción del primero.

La primera manifestación de la voluntad infantil parece es un esfuerzo para mantener derecha la cabeza. Tampoco el pollo puede levantar la cabeza en la primera hora después de salir de la cáscara, y cuando empieza á levantarla aún no puede mantenerse de pié. Medio levantado permanece á veces largo rato picoteando ó piando ántes de atreverse á dar un paso; luego no le hace falta mucho ejercicio para correr, si bien al principio no deja de dar bastantes tropezones.

Los progresos que el pollito hace en un día requieren más de un año en el hombre.

Si se tiene derecho á un recién nacido, la cabeza le cae adelante ó al lado, porque es incapaz de tenerla recta, y solo cuando llega á tener catorce semanas consigue á veces tenerla derecha; semejante esfuerzo es evidentemente voluntario. Los infantes de cuatro meses suelen balancear bien la cabeza sin dejarla caer á ningún lado. Al principio naturalmente falta el necesario vigor de los músculos, encargados de mantener el equilibrio de la cabeza; pero á los tres meses ya son bastante robustos; como se ve por el hecho de girar los infantes la cabeza con gran seguridad.

Cuando sabe equilibrar la cabeza emprende la misma tarea con el tronco. A fines del segundo trimestre suelen observarse las primeras tentativas coronadas de éxito, *de sentarse ó incorporarse*, y desde entonces el mamón repite cada día, evidentemente con gran divertimento para él mismo, los esfuerzos de conservar la posición sentada que le dieran artificialmente á beneficio de almohadas y cojines, hasta que, por fin, en el décimo mes ha conseguido para

el resto de su vida la seguridad de mantener el equilibrio sentado. La voluntad acabó de sojuzgar la musculatura, ántes indócil. Las ventajas de la nueva posición, fomentando el deseo de ocuparla, han robustecido la voluntad del infante, que ahora ya *quiere* estar sentado.

Cuando la musculatura se halla suficientemente vigorizada por los continuos ejercicios de sentarse y arrastrarse por el suelo, el infante emprende la difícil tarea de ponerse de pié. Tras innumerables tentativas malogradas de mantenerse derecho apoyado en sillas, mesas ó paredes, de repente el infante sale con la suya, sosteniéndose de pié, es decir, en la posición natural y particular del hombre, cosa tanto más notable, porque el infante no necesita de ninguna enseñanza para hacerse hombre. Abandonado á sí mismo en el suelo sobre una manta, se agita y menea de un lado á otro, luego empieza á arrastrarse, después se agarra á todos los objetos fijos que puede alcanzar; si no se le estorba en estos ejercicios que repite cada día con una perseverancia extraordinaria y á pesar de todos los fracasos, se puede estar seguro de verle un día, en el cuarto trimestre, levantado y derecho.

¿De dónde viene esta primera manifestación de voluntad puramente humana que de un solo golpe confiere al niño la dignidad de ser humano? Está derecho ante sus padres contentos sin caerse al momento. Después de una serie de esfuerzos indecibles ha conseguido el objeto demostrando que su voluntad ha vencido el peso del cuerpo y la indocilidad de los miembros. Es una victoria de su espíritu sobre la materia.

Aún no tenemos una explicación satisfactoria de este hecho, porque la sola apetencia de cosas que ve por encima de él no basta para explicar los enormes esfuerzos que el niño hace para levantarse, como tampoco el instinto de imitación; el deseo de alcanzar las cosas que ve no puede ser tan vivo, puesto que sus allegados se lo arriman todo y los ensayos de imitación suelen empezar más tarde á hacerse. Por ahora no hay otra explicación posible que la por medio de la herencia de los instintos.

Lo mismo puede decirse de la adquisición siguiente, del *andar*, que también se verifica espontáneamente cuando un niño se cría solo. Es enigmático en sus comienzos porque no parece haber motivo alguno para una flexión y extensión alternadas de las piernas en el infante que acaba de enderezarse, y solo en la repetición del subir y bajar los piés estriba la posibilidad de aprender á caminar. El niño tendido en el baño ó en la cuna, ejecuta también flexiones y extensiones de las piernas, pero la alternación regular de los dos movimientos es otra cosa y probablemente una propiedad heredada como la succión; se observa mucho ántes de salir bien las tentativas ambulatorias.

Si se deja al infante arrastrarse y moverse de un lado al otro sobre las rodillas, no tardará en echar á andar solo sin ninguna enseñanza. Nadie le atribuirá en esta época el conocimiento de las ventajas del andar, nadie supondrá que el infante comprende que andando domina mejor lo que le rodea, con el ojo como con el oído, y alcanza más fácilmente lo apetecible; se trata puramente de la voluntad fortalecida con el desarrollo progresivo de los músculos y de las células y fibras nerviosas, que provoca la contracción de los músculos de la manera como en adelante resulta más ventajosa para el individuo y como se ha verificado constantemente en los antepasados. En el centro nervioso las huellas de esos impulsos motores se han impreso tan hondamente, la voluntad se ha encaminado tantas veces precisamente por estas vías nerviosas que resultan las más practicables despues del primer desarrollo del aparato motor de todo recién nacido. Los primeros movimientos para andar son instintivos; el instinto de cambiar de lugar es tan poderoso que el arrastrarse solo no le satisface.

No puede aprobarse el afán de los padres y de las niñeras de enseñar á los infantes á andar por medio de andadores, andaderas, etc., ó aún sin instrumento, sobre todo cuando semejantes ejercicios se emprenden demasiado pronto, en una época en que los huesos del niño no tienen la resistencia suficiente. El gran número de piernas pandas y zángigas que se ven por esas calles es debido en su mayor parte á las tentativas inoportunas de hacer andar á los niños cuando materialmente no pueden aún sostenerse de pié.

Por otra parte hay padres que por cierta preocupacion no quieren que sus hijos se arrastren por los suelos, aunque el arrastrarse es la escuela previa más natural para el andar y contribuye grandemente al desenvolvimiento intelectual del niño. Desengáñense esos caballeros de las buenas maneras, y dejen de quitar al infante curioso, que anhela, por nuevas impresiones, la libertad de acercarse á su modo al objeto apetecido para mirarle y palparle, la facultad de hacer numerosos viajes de exploracion y descubrimientos á manera de perros y gatos.

No es extraño, pues, que la época de empezar á andar sea tan diferente en los varios niños de una misma familia. Miétras que uno corre perfectamente á los ocho meses, otro es torpe aún al cabo de dos años. Mucho depende de las circunstancias en que el niño se cría; si vive en compañía de otros niños que andan ya ó aprenden á andar, la emulacion le hará hacer progresos más rápidos que cuando se cría solo, en cuyo caso la enseñanza le puede adelantar mucho; pero no se debe jamas ayudar á un infante que no da ninguna señal de querer andar.

«Mi hijo tenía cinco trimestres, dice Preyer, cuando puesto de pié echó á correr alrededor de la mesa por primera vez y de repente, bamboleando como un borracho que intenta correr, pero sin caerse; y desde entónces podía andar derecho, al principio siempre aprisa, á trote y con los brazos extendidos adelante como para precaverse contra una caída de bruces; poco á poco iba más lentamente y con más aplomo. Pero en las diez semanas siguientes el niño no aprendió á pasar un umbral de unos dos centímetros de alto sin agarrarse en las jambas, y á menudo se le veía echar el pié adelante convulsivamente como hacen ciertos enfermos de la médula, ó levantar el pié demasiado alto ó bajarle con vehemencia. La voluntad dominaba aún imperfectamente los músculos locomotores, siendo el impulso una vez excesivo y otra vez insuficiente.»

Mucho ántes que esta manifestacion de la voluntad bien desarrollada puede observarse el progreso paulatino de la energía en otro movimiento voluntario: los ensayos de agarrar, de asir los objetos; estos movimientos son los más importantes para el desarrollo intelectual de todos los que el infante efectúa en los primeros seis meses de su vida y su estudio requiere una atencion perseverante, porque unas veces sus movimientos se van perfeccionando tan lentamente, que al cabo de semanas y meses se nota apenas un progreso, miétras que otras veces el progreso se verifica por saltos.

Muchos opinan que el agitar las manos que se observa en los primeros días es una especie de agarre ó asimiento, porque el infante no lleva los dedos solamente á la cara, sino hasta los mete en la boca. Semejante opinion contradice la acepcion general de la palabra *asir* y los hechos. El asir ó el *intentar asir* supone la percepcion de un objeto apetecido y cierto dominio sobre los músculos, cosas que no existen en los primeros días de la vida.

La introduccion de la mano en la boca no tiene nada más comun con las tentativas de agarrar que el suponer un movimiento del brazo. El infante no lleva siquiera la mano á la cara, sino que la mano, meneada sin objeto, llega por casualidad también á la boca y en la boca, cosa que parece muy natural en vista de la manera como el feto tiene los brazos ántes de nacer. Entregados á sí mismos los recién nacidos conservan esa actitud, llevándose las manos á la cara y á los labios como habrán hecho ántes de nacer. Cuando tocan los labios, se presentan fácilmente movimientos de succion, y por esto el chuparse los dedos ó los puños no puede interpretarse como una cosa intencional. La posicion de los brazos y de las manos del feto depende de lo limitado del espacio de que dispone en el útero.

No parece, pues, justificable el considerar la primera aproximacion de la mano á la boca como una tentativa de asimiento. En los primeros días de su